

tar á toda virtud al pueblo : el cual viéndole tan sin pensar, le honró y reverenció, como si hubiera bajado del cielo. Murió en este tiempo el obispo Máximo, consumido con su larga edad, y trabajos, que por Cristo habia padecido : luego todos pusieron los ojos en S. Félix para que fuese su pastor, y obispo; mas como él era tan humilde, persuadióles con buenas razones, que eligiesen por obispo á Quinto, que era un clérigo de santísima vida, el cual habia sido ordenado de misa siete dias antes que él, alegando, que esto se le debia, así por mas antiguo sacerdote, como por sus raras partes; y tambien porque de esta manera gozaria el pueblo de sus trabajos, y de los de Quinto, y por uno tendria dos, que le ayudasen, y sirviesen para la salvacion de sus almas; y así se hizo, tomando Quinto el gobierno de aquella Iglesia, y continuando Félix la predicacion, y ayudando al nuevo obispo á llevar el peso de su dignidad.

Si fué grande la humildad de Félix, no lo fué menos el amor entrañable que tuvo á la santa pobreza, el cual mostró bien, cuando dió á los pobres la mayor parte de su patrimonio, viviendo con mucha templanza de la pequeña parte que guardó por sí, y repartiendo á los pobres todo lo que al cabo del año le sobraba : pero mucho mejor se vió, en lo que despues de la persecucion hizo; porque como el tiempo, que ella duró, le hubiesen tomado y confiscado todos sus bienes, y hecho almohada de ellos; despues que se sosegó aquella tempestad; y comenzó la Iglesia á gozar de paz y quietud, aconsejaron á san Félix, que pidiese sus bienes por justicia, como lo habian hecho otros, que los habian perdido, y cobrado; mas él respondió con espíritu de verdadero, y perfecto santo : No quiera Dios, que yo torne á poseer los bienes que una vez perdí por Jesucristo, ni que codicie aquellas riquezas de la tierra, que una vez dejé, por poseer mejor los tesoros del cielo. Y así se sustentaba de los frutos de una pequeña huerta, y de tres hanegadas de tierra, que él mismo por sus manos cultivaba con ayuda de otro labrador; y si le sobraba alguna cosilla, teniala por de los pobres, y no por suya. Nunca tuvo mas de un vestido; y si le daban otro, luego le daba á quien de él tenia necesidad. Con esta santidad vivió S. Félix muchos años, siendo no menos feliz por sus grandes merecimientos, que lo era por su nombre. Finalmente, murió á los 14 de enero, ó por mejor decir, comenzó á vivir una vida bienaventurada, y eterna, de la cual dieron manifesto testimonio los muchos y grandes milagros, que nuestro Señor obró por él; y fueron tantos, y tan notorios, y esclarecidos, que venian de muchas partes del mundo los fieles en

romeria, á su sepulcro, para alcanzar del Señor mercedes, y favores por su intercesion; y S. Dámaso, papa, compuso versos, haciéndole gracias por la salud, que Dios le habia otorgado por su oracion. Entre los otros milagros, que obraba Dios por este Santo, era descubrir la verdad oculta y que por otra via no se podia averiguar; porque cuando habia indicios vehementes, que alguno hubiese cometido algun grave delito, y el que era acusado lo negaba, y no se podia probar, llevábanle al sepulcro de S. Félix, para que allí jurase, y dijese la verdad, y si no la decia, era castigado visiblemente : de lo cual hace mencion san Agustin en la epístola 137, y añade, que él envió desde Africa á la ciudad de Nola un clérigo suyo, que siendo infamado de un delito grave, le negó; para que con su juramento hecho sobre el sepulcro del Santo, se manifestase la verdad, y purgase la infamia. Por espacio de muchos años, y siglos, manó de su cuerpo un licor celestial y saludable, con el cual se curaban muchos enfermos, y sanaban de sus dolencias.

En la vida de este Santo (como hemos visto) hay muchas cosas admirables, por las cuales debemos alabar al Señor; como son haberle librado de la cárcel por el ángel, llevándole al monte, donde su obispo estaba pereciendo : criado el racimo de uvas para su refrigerio : defendídole con telas de arañas, de los que le buscaban para matarle; y sustentádole tantos meses por mano de aquella mujer milagrosamente : pero hay otras no menos maravillosas de sus heroicas virtudes, que debemos procurar imitar; especialmente aquella caridad tan entrañable y fervorosa, con la cual, olvidado de sí, llevó á costas á su obispo; y la humildad, con que despues de él muerto no lo quiso ser; y aquel alto y admirable espíritu de pobreza, con que menospreció los bienes de la tierra, por gozar del sumo bien, y tuvo por ganancia la pérdida de lo que acá tenia, por alcanzar, y poseer, al que es todo de todos, y perfecta bienaventuranza de los que le sirven, y padecen por su amor.

Hacen mencion de este Santo S. Paulino, que (como dijimos) compuso en verso su vida, y Beda la escribió en prosa : S. Agustin en la epístola 137 y en el libro *de Cura pro mortuis*; y Gregorio Turonense en el libro de la gloria de los mártires, capítulo 104.

#### EL BEATO BERNARDO DE CORLEON.

ENTRE los hombres que han dado lustre á la isla de Sicilia en los últimos siglos fué uno Bernardo de Corleon, nacido en la ciudad de este nombre á 6 de febrero del año de 1603. Sus pa-



dres Leonardo, y Maria Latini eran de humilde linaje; pero tan pios y devotos como poco conocidos por la baja de su condicion. En el santo Bautismo se le puso al infante el nombre de Felipe, que despues se le troc6 en el de Bernardo al tomar el hábito de capuchino. Sus padres pios y religiosos procuraron imbuirle máximas de piedad, y erarle en temor de Dios; enseñarle el camino de la virtud, y guiarle por las sendas de la salvacion. Como Dios le habia dotado de un genio dócil, recibia á manera de blanda cera las impresiones de las paternas instrucciones. Su afabilidad, su modestia, sus modales corteses y cariñosos, su piedad y devocion le granjearon la comun estimacion.

Llegado á edad en que era preciso tomar carrera, le aplicaron sus padres al trabajo poniéndole de aprendiz de zapatero, á fin de que con este oficio ganase el sustento. En este ejercicio continuó Bernardo el tenor de vida que habia llevado en sus primeros años; pero faltóle á lo mejor su padre, y con su muerte el freno que lo tenia á raya. Así es que viéndose dueño de sus acciones é independiente, la violenta fogosidad de su espíritu le hizo trocar el oficio de zapatero en el ejercicio de las armas. Su corpulencia y robustez le daban unas fuerzas extraordinarias; su destreza en el manejo de las armas era singular, y todo esto fomentaba su vanidad, y daba pábulo á su genio colérico para trabar pendencias y empeñarse en desafíos, tanto que en breve adquirió nombradía por duelista el mas célebre de Sicilia. Así era que á cada paso tenia competencias, y aunque debia temerse sucumbiese algun dia al acero de algun competidor, y perdiese con la vida del cuerpo la eterna; Dios por un efecto de su misericordia le preservó de los peligros á que su vanidad temeraria lo esponia; de suerte, que ni llegó á verse herido, al paso que su fuerte puño y diestra espada heria y maltrataba á muchos; bien que no hay noticia de que matase á alguno. Y como el móvil de sus desafíos era la vanidad ó la prontitud de su genio; lo mismo era ver rendido á su competidor, que quedar desarmado su ciego furor, y trocado en compasion, que le obligaba á socorrerle y darle el auxilio que podia.

En medio de esta como ferocidad de que estaba revestido es cosa admirable que no se le notó jamás la costumbre de jurar, de maldecir, y proferir palabras deshonestas, que acostumbra ser inseparable de un hombre de su carácter, ni aun se sabe que cayese en impureza alguna. Pero no es menos de admirar, que en medio de una vida tan estragada tuviese sus devociones, fre-

uentase las iglesias, particularmente la de S. Andrés, donde es muy venerada una milagrosa imágen de Jesucristo crucificado, ante la cual se le veia muchas veces arrodillado, meditando horas enteras en su santísima Pasion. Como era el objeto de su devocion mantenía continuamente una lámpara ardiendo en su capilla, y cada año le hacia celebrar una fiesta muy solemne, que costeaba con las limosnas que recogia de los fieles; y que le daban con largueza edificados y pasmados al ver ocupado en tan santas obras á un jóven de un genio tan feroz; y como regularmente le sobraba algo lo repartia religiosamente entre los pobres, sin reservarse cosa alguna.

Tambien era muy devoto de S. Francisco de Asis, y se le oia decir, que queria ser religioso de su orden; pero todas estas devociones exteriores no eran suficientes para hacerle dominar su furiosa pasion á los desafíos, que le hacian cometer innumerables pecados, y vivir sujeto á los terribles anatemas que fulmina el sagrado Concilio de Trento contra los duelistas. Pero aquel mismo Dios que permitia en Bernardo el desahogo de tan fiera pasion, dispuso que los mismos desafíos á que era tan apasionado, y habian ocasionado su perdicion, le fuesen ocasion de reconocerse, arrepentirse de sus culpas, y trocarse de fiera sanguinaria en manso cordero, en humilde penitente. Fué el caso que un dia cierto comisario le trató mal de palabras, y cubrió de baldones; pero no satisfecho con esto sacó la espada para darle á Bernardo; mas éste que no estaba acostumbrado á sufrir semejantes insultos, sino á medir desde luego la suya con la del contrario, la desenvainó, y le tiró un tajo tan feroz, que le tendió en el suelo. Este lance funesto le obligó á tomar asilo en una iglesia por temor de la justicia. Pero aquí fué donde Bernardo empezó á abrir los ojos y despertar del profundo letargo en que yacia, considerando la facilidad con que podia quedar muerto en algun desafío, y perder al mismo tiempo la vida temporal y la eterna. Entonces reflexionó seriamente cuan infausta seria su suerte si le sorprendiese la muerte sin darle lugar para arrepentirse de sus culpas. Penetrado de temor de la divina justicia exclamaba: ¡Oh, y que desgracia será la mia, si pierdo á Dios para siempre, y caigo en el infierno! ¿Quién me libertará de tan terribles penas como allí se padecen? ¿Qué valor habrá para sufrirlas? ¡Oh engaño, oh espantosa ceguedad en que he vivido!

Así se lamentaba, así se desahogaba su corazon penetrado de dolor á sus solas Bernardo, mientras la gracia obraba en su alma, y señoreaba su corazon. Con estos sentimientos se preparó para hacer luego una confesion general de toda su vida, la cual se



hizo con muchas lágrimas, y con un vivo dolor de sus pecados; y bien persuadido de los muchos lazos y peligros del mundo, como y de la vanidad de cuanto promete á sus secuaces, se decidió á abandonarle, y buscar puerto seguro en la religion capuchina, proponiéndose emprender una rigurosa penitencia de sus muchos pecados. Y para poder realizarlo impetró un amplio indulto del delito que le obligó á refugiarse á aquel asilo.

Luego que lo obtuvo se trasladó á la ciudad de Palermo á fin de conferirse con el Padre Provincial de los Capuchinos; y habiéndolo verificado se echó á sus pies, y pidió el hábito entre lágrimas y suspiros. El Provincial, á cuyos oídos habia llegado la fama de los hechos del pretendiente, le consoló con dulzura, pero no defirió por entonces á la solicitud de Bernardo, á fin de estar mas seguro de su vocacion. Entonces se volvió á Corleon, y trocada ya la fiera de leon en mansedumbre de oveja, arrojó las armas, y emprendió una vida muy santa y penitente. La iglesia y convento de capuchinos eran su morada ordinaria; tanto que parecia no sabia separarse de allí. Léjos de desistir de su empresa, trataba á menudo con el Padre Guardian sobre sus deseos de realizarla, y el Señor le consoló en breve disponiendo fuese admitido en aquella religion. A este efecto fué destinado al convento de Caltanicerta en donde recibió el hábito, é hizo el noviciado, siendo de edad de veinte y siete años.

Pero ¡que trasformacion hizo la gracia en Bernardo! Ya no era aquel feroz escandaloso duelista que provocaba á muchísimos, haciendo alarde de la valentia y destreza de su brazo, ni era solo un pecador arrepentido; sino un modelo de virtudes religiosas; un religioso que caminaba con pasos agigantados por el camino de la perfeccion, y se adelantaba á sus connovicios, y hasta á los mas provecos se aventajaba, con admiracion de todos. Concluyó por fin el año del noviciado, é hizo la profesion con singular consuelo de su alma; pero fué tan rápido y elevado el vuelo que dió su espíritu desde entonces, que muchos depusieron haber llegado á tan alto grado sus heroicas virtudes y santidad, que parecia haber llegado á igualar al Seráfico Patriarca S. Francisco. Era exactísimo en el cumplimiento de sus deberes y observancia de las leyes y ceremonias de la orden; sus ojos no se levantaban del suelo; en su trato era afable; su humildad y mansedumbre eran tan raras, que parecia carecer de irascible. Si se le reprendia, no solo no se escusaba, si que hizo una firme resolucion de no defenderse ni escusarse jamás, aun cuando se le reprendiese sin culpa; y si sucedia faltar alguna vez á esta resolucion, lo pagaba la lengua, que castigaba de varios modos. Estaba habitual-

mente tan embebecido en Dios, que iba absorto y como fuera de sí; y no habia alguno que lo viese, y no quedase compungido, ó admirado, y muchos tibios proponian entregarse de veras al servicio del Señor.

Pero ya que lo hemos presentado á la vista de los hombres con los colores mas negros en tiempo de su vida estragada, razon será que lo representemos tan penitente en la religion como relajado en el siglo. Su penitencia pues, era asombrosa, y con su cuerpo era tan duro y riguroso, que parecia no ser suficientes las fuerzas naturales á aguantar el peso de sus rigores, y que solo por superior virtud podia sobrevivirles; pues en las siete cuaresmas que, ó por regla ó por costumbre, observa la religion capuchina, su único alimento era pan y agua, y esto una vez al dia puesto de rodillas á la puerta del refectorio. En los viernes de la cuaresma, en sus tres últimos dias, en las vigiliias de festividades del Señor, de S. Miguel y S. Francisco no tomaba cosa alguna: en los demás dias no probaba la carne; y este tenor de vida guardó desde el noviciado. En los dias en que ayunaba no aguardaba á que se le diese el pan que se ponía á la comunidad; sino que él mismo iba á la cesta, y tomaba los mendrugos mas pequeños, negros y duros del pan que habia sobrado otras veces.

¿Qué dirémos de la bebida? Esta consistia en el agua, y el vino lo aborrecia de tal suerte, que aconsejándole los religiosos bebiese un poco como por medicina en atencion á la debilidad de su cuerpo, y á sus achaques, respondia: primero tragaria un carbon encendido que una sola gota de vino. Muchas veces bebia agua turbia, otras cenagosa, podrida otras y de mal olor, y llegó hasta beber la de fregar los platos. En el verano, que en Sicilia es calorosísimo, Bernardo bebia el agua casi hirviendo, y echaba ajenjos ó romero para aumentar la mortificacion. En los últimos quince años de su vida que estuvo en Palermo, no comió otra cosa que una corta porcion de pan y agua cada veinte y cuatro horas, y si por obediencia se le obligaba á comer alguna escudilla de legumbres, mezclaba ceniza y agua para que perudiese el gusto.

Así se mortificaba Bernardo, y domaba el cuerpo con los ayunos mas rigurosos. Pero el Señor quiso manifestar con varias maravillas cuan gratos le eran; porque yendo un dia monseñor Plata presidente de la suprema Inquisicion de Sicilia al convento de Capuchinos de Palermo, y entrando en el refectorio en ocasion que Bernardo estaba comiendo de rodillas su acostumbrado pan y agua, advirtió que salian de su rostro muchos



rayos de luz, y conceptuando que entonces su Divina Majestad le dispensaría algún favor especial, luego que concluyó su re-  
fleccion, le llamó aparte, y usando de la autoridad que le daba su oficio, le mandó en virtud de santa obediencia le declarase con sinceridad si había recibido del cielo alguna gracia; y entonces el siervo de Dios lleno de rubor le dijo: que Cristo se le había aparecido, y tomando un pedacito de aquel pan que tenía allí, se lo había aplicado á la llaga de su sagrado costado, y tiéndole en su preciosísima sangre, se lo había puesto en la boca, exhortándole á perseverar hasta el fin en aquella abstinencia; y que al gustar aquel divino néctar había experimentado se le llenaba el alma de una celestial dulzura, que le sacaba fuera de sí.

Pero no fué solo Jesucristo el que esparcía dulzuras sobre las amarguras de la penitencia de Bernardo; pues tambien su Santísima Madre tomó parte en ello. Así es, que para endulzar la amargura de los ajénos y romero que mezclaba con la bebida, le trajo del cielo una redomita de leche, favor singular que quiso el cielo se descubriese por el mismo Bernardo, aunque sin quererlo; pues un dia de una solemne festividad de María Santísima le mandó el prelado sentarse á la mesa á comer lo que se sirviese á los demás religiosos; obedeció Bernardo, y haciendo lo que acostumbraba en semejantes casos le dijo con disimulo al refitolero fuese á su celda, y le trajese una redomita de leche que hallaría en ella. Fué el refitolero á la celda, halló la redoma, y se la trajo. Admirado de esta novedad, y levantada la mesa, le pidió dicho refitolero á Bernardo le dijese, ¿qué leche era aquella que le había traido? Entonces el siervo de Dios, no obstante la cautela con que acostumbraba ocultar los favores del cielo, que solo confiaba á su director, con rostro risueño y como fuera de sí le dijo: Hermano, este es el regalo que me ha hecho mi dulcísima madre la Reina de los ángeles, para que en sus festividades me recree.

Mas no es mucho que Jesucristo y su Santísima Madre se dignasen regalar de esta suerte á su siervo Bernardo, pues correspondia á sus favores con otras penitencias y mortificaciones. Su descanso se reducía á tres horas en invierno, y dos en verano, si es que puede llamarse descanso el tenderse sobre una tabla desnuda de un palmo y medio de ancho, teniendo un toscó y nudoso madero por cabecera. Compadecidos los demás religiosos de aquel modo de dormir, le aconsejaban añadiese otra tabla para dar algún alivio al cuerpo volviéndose de un lado á otro; pero el penitente Bernardo respondia con gracia, que siendo estrecho el camino

del cielo, no pensaba en ensancharle, por no perderse, ni queria volverse de una parte á otra, sino caminar recto sin hacer círculos. De noche se retiraba con tiempo á la celda á descansar, y despues de un brevísimo sueño, se levantaba dos horas antes de maitines, y poniéndose delante del altar del Santísimo Sacramento, estaba en oracion hasta concluidos los maitines; y despues recogíendose con los demás religiosos á su celda, como si fuera á dormir, en breve volvía á la iglesia, donde permanecia toda la noche en alta contemplacion, lágrimas y suspiros.

A la mortificacion en el comer y dormir añadia las mas crueles y sangrientas disciplinas, inflamándose con tanta ira contra sí, que pasó á ser tirano de su cuerpo, y destruyó aquel fuerte edificio que la naturaleza habia tan robustamente fabricado. Y no era una sola vez al dia la que se disciplinaba, sino siete, y con varios géneros de disciplinas y cadenas de hierro. Todos los viernes, y vigiliás de nuestra Señora, y otras fiestas principales se azotaba con unas rodajas de acero emplomadas. Llegó á tanto la crueldad con su cuerpo, que no contento con lo dicho, inventó otra especie de azote tan espantoso como original, y fué atar á un cordel una bola ó pelotilla gruesa llena por todas partes de unas puntas agudas, con la que se daba tan fieros golpes, que hacia en su cuerpo una horrorosa carniceria, y salia tanta sangre, que era preciso aplicarle algún remedio para evitar que se desangrase. Pero el remedio que se aplicaba Bernardo era todavía mas cruel que los azotes, pues consistia en sebo mezclado con sal, remedio corrosivo, y por tanto muy doloroso. En medio de esto todavía le parecia que castigaba poco su cuerpo, y decia que si los superiores le dejasen hacer su voluntad, de otra suerte trataria aquella bestia indómita. Tampoco le faltaba la mortificacion del áspero cilicio; pero no era uno solo el que usaba sino varios; unos de alambre, otros de hoja de lata, y de acero otros, estos de espinas, aquellos de puntas, los otros de cerdas de caballo cortados por medio. Pero entre todos sobresalia una especie de túnica que le cubria casi todo el cuerpo, tejida por dentro con agudas y penetrantes puntas de acero, que al ponerse de rodillas se le hincaban en ellas, y causaban tan terribles dolores como se deja discurrir, y lo mismo cuando se ponía á descansar. Seria nunca acabar querer individuar todas las especies de mortificacion que usaba animado de aquel espíritu de penitencia, que le hacia ser verdugo de su cuerpo.

Pero este espíritu gigante asustó á Satanás, y fué tanta la rabia que concibió contra Bernardo que empezó á perseguirle. Ya al ir á vestir el hábito se le apareció en figura de un corpu-



lento mastin. Despues de vestido salió á luchar cara á cara; pero sin embargo de ir acompañado de muchas huestes infernales, siempre quedó vencido en el campo de batalla. Siendo novicio le maltrató cruelmente, obligándole á prorumpir en tristes ayes y dolorosos gemidos. Otras veces se le aparecian, como á otro Antonio, en varias y horribles figuras, ya de serpientes, ya de perros, ya de leones, toros y otras fieras; dando espantosos aullidos, y haciendo tal estruendo que temblaban los edificios. Presentábasele con las bocas abiertas, rechinando los dientes, arrojando fuego por los ojos, aparentando querer despedazarlo, y tragárselo. Pero Bernardo impávido, como esforzado soldado de la milicia de Cristo, los estaba mirando con serenidad, é imitando al espresado S. Antonio, no usaba otra arma para disipar aquella infernal caterva, que la señal de la cruz, á cuya vista se ponian en vergonzosa fuga. A este tenor tuvo otros muchos reencuentros con los espíritus malignos, y aunque muchas veces permitia el Señor que saliese herido del campo de batalla, llevando estampadas en el rostro las señales de la lucha, sin embargo siempre sucumbió el enemigo comun.

Pero no era mucho saliese siempre Bernardo vencedor, pues así como el Señor resiste á los soberbios, dispensa generoso su gracia á los humildes, y la humildad del siervo de Dios era tanta, que se reconocia digno de que se vengasen en él los demonios. Era tan bajo el concepto que tenia de sí mismo, que no solo se reconocia indigno de sentarse á la mesa con los demás religiosos, si que hasta de entrar á comer en el refectorio, y de comer aquella escasa racion que se daba á cada uno. Su humildad era la que le obligaba á comer de rodillas á la salida del refectorio: su humildad hacia se reconociese indigno de vestir el hábito que llevaba: su humildad hacia que no se reputase por uno de los religiosos, sino por esclavo de todos, por un vil perro, á quien no debian dar otra comida que pan de salvado, y por favor algunos huesos. Si alguno se encomendaba á sus oraciones, ó hacia alguna demostracion de respeto ú honor, como besarle el hábito, ó quererle besar la mano, se disgustaba sumamente, y retiraba cuanto podia para evitarlo. Si le visitaban prelados, señores de alta jerarquia, y otras personas de carácter se confundia. Si iban á tratar con él y consultar asuntos arduos, negocios espinosos concernientes al espíritu, respondia con humildad, diciendo sencillamente su sentir fundado en razones sólidas que convencian le venia de Dios aquella doctrina; pero á continuación se aniquilaba, confesando, que aquella doctrina no era suya sino del Señor, que habia puesto aquellas palabras en su

boca. Cuando ejercia los oficios mas bajos y despreciables se mostraba tan alegre y contento, como un hombre mundano en medio de las mayores satisfacciones.

A su profunda humildad era consiguiente una paciencia á toda prueba; y así es que en medio de los mayores disgustos, persecuciones, injurias, malos tratamientos, y otros trabajos que le envió el Señor, se mostró como insensible, y no se le vió despegar los labios para quejarse, acordándose de su vida pasada, cuyos hechos eran un fuerte candado para su boca, pudiendo decir con el profeta Miqueas: Llevaré la ira del Señor, porque he pecado contra él. Y atendido su genio naturalmente irascible, que en otros tiempos hacia terribles esplosiones, no puede dudarse tendria que hacerse mucha violencia, y que solo asistido de una especial gracia, domaria su fogosidad. Pero esta gracia lo sostenia en medio de las olas de los trabajos y humillaciones, y hacia que se estrellasen en llegarle, como las del mar cuando vienen á dar contra una peña. Bernardo no sabia contrarestar á los improperios, baldones, injurias y otros malos tratamientos sino con la blandura y la mansedumbre. Solia decir que la divisa mas propia de los que militan bajo las banderas del Crucificado es la paciencia con que sufren á imitacion suya persecuciones, vituperios, afrentas y calumnias. Si alguna vez sucedió escapársele alguna palabra para justificarse, cuando se le reprendia sin haber faltado, castigó severamente su inadvertencia, ya dándose fuertes golpes en los labios hasta hacer saltar gran copia de sangre de las encías, ya tomando un tizon ardiendo, y abrasándose la boca.

Era Bernardo muy dado á la oracion, y no malograba rato alguno de los que le quedaban libres despues de desempeñados los cargos de la obediencia; antes los empleaba en orar. Pero pasando mas adelante sabia tambien mezclar la parte contemplativa con los ejercicios de la activa, pues en medio de éstos tenia la mente tan abstraída de todo lo terreno, y absorta en Dios, que el que le miraba conocia claramente en la serenidad de su rostro y abstraccion de sus sentidos, que su espíritu moraba mas en el cielo que en la tierra. Poseia el arte de saber sacar provecho de lo que manejaba con motivo de ser cocinero, por medio de la meditacion. Así es que en la luz del fuego veia representada la claridad de aquel sol inaccesible, que todo lo baña con sus resplandores: en lo activo de su llama consideraba la eficacia del amor divino que todo lo consume y abrasa: cuando le quemaba el fuego, contemplaba el ardor inextinguible de las llamas del infierno: el humo y mal olor de los tizonos le recor-



daba las sombras y fetidez de aquel lugar hediondo: el agua diáfana y trasparente le incitaba á alabar á Dios por su hermosura: cuando cargaba algun peso, se acordaba de la cruz de Cristo tan pesada, ó el intolerable peso del pecado mortal; y en una palabra, no se le proponia objeto alguno en la cocina, que no le ayudase á levantar su espíritu al Señor, y no le sirviese de materia de meditacion. Llegó á una íntima union con Dios, y ésta le tenia siempre como enajenado y absorto en su Majestad; y para no distraerse de ella guardaba un profundo silencio, se retiraba en cuanto podia de la conversacion con los hombres, prefiriendo la celestial como el Apóstol. Procuraba vivir solo, y para gozar mas á su satisfaccion de la soledad y dedicarse á la meditacion, se sepultaba vivo entre los áridos esqueletos de las bóvedas en que yacian los religiosos difuntos. Allí aprendia de los muertos las mas vivas lecciones de morir bien. Para no interrumpir su silencio traía ordinariamente en la boca una piedrecita, que servia como de freno á la lengua.

Pero ¡que cosas tan prodigiosas no se vieron en Bernardo de su íntima union con Dios efecto de su continua oracion! Espresiones llenas de fuego, gemidos reiterados, éstasis maravillosos, raptos frecuentes, á que se seguia muchas veces la elevacion del cuerpo; tales eran los efectos de la íntima union de Bernardo con su divina Majestad, y del amor en que se abrasaba. ¡Cuántas veces se le vió enajenado, y sin operacion alguna de los sentidos, ya en la capilla del Rosario, que estaba cerca de su celda, ya en el bosque al pié de una cruz, ya en frente de las ermitas de la huerta, en la bóveda, ó en la cocina! ¡Que de lágrimas no derramaba cuando meditaba en la pasion del Redentor! Pero ¿qué digo cuando meditaba? Bastábale fijar sus ojos en una imagen de Cristo crucificado para sentir en su corazon un dolor vehemente, pareciéndole que se le deshacian las entrañas de ternura y compasion. Y como el Crucificado era el poderoso iman de su corazon, éste se iba siempre tras de aquél, y allá iban los ojos donde iba el corazon. Todos sus conatos se dirigian á imitarle, y lo practicaba en cuanto podia, ofreciéndole en sus penitencias azotes por azotes, llagas por llagas, sangre por sangre, amarguras por amarguras, afrentas por afrentas, dolores por dolores, ayunos por ayunos, y finalmente deseaba ardentísimamente morir por Cristo en una cruz, ó morir con Cristo en la cruz; mas esto le parecia poco, y quisiera dar un poco mas sirviendo de cruz á Jesucristo, no solo para sentir mas de cerca los dolores, tormentos y llagas del Salvador; sino para llevar tambien sobre si á todo un Dios crucificado. ¡Rara espresion, y

singular modo de padecer por Cristo! Invencion propia de un amor como el del seráfico Doctor S. Buenaventura, que espresaba sus deseos de padecer por Cristo diciendo: ¿Por qué no estuve yo en lugar de aquella cruz, para que Cristo fuese clavado en mis manos y pies?

Tambien era Bernardo muy devoto del santísimo Sacramento, y para penetrar algun tanto los efectos que causaria en su alma, bastará recapacitar los que producía la sola imagen de Cristo crucificado; pues si eran tales y tantos los que producía la imagen, ¡qué seria el mas augusto Sacramento en que está el original real y verdaderamente! ¡Qué efectos tan maravillosos experimentaríamos cuando le recibia en la sagrada mesa! ¡Oh! su mismo rostro era el que propalaba lo que pasaba en su interior, pues se enardecia sobremanera, y derramaba copiosas lágrimas de ternura al recibir la sagrada Comunión. Pero nó era mucho, pues nunca la recibia sin confesar antes, sin embargo que su confesor nunca hallaba materia suficiente para la absolucion. Su preparacion consistia en una sangrienta disciplina para castigar sus culpas, y llegar del todo limpio de toda imperfeccion. A esta se seguian las meditaciones mas tiernas; y por último enardecido en el amor de aquel Señor que iba á recibir, se acercaba á la sagrada mesa con el mayor respeto y reverencia. Despues de haber comulgado acostumbraba padecer los mas dulces deliquios de amor, y muchas veces se quedaba estático, otras se le veia elevar de la tierra por largo rato.

Siendo Bernardo tan devoto del Hijo de Maria, era consiguiente su devocion á la Madre. Así es que esta Señora era el principal objeto de su tierna devocion despues de su divino Hijo. Nunca emprendió accion alguna que no tomase por norte y guia á esta Señora, que es la estrella de este mar tempestuoso. A ésta miraba, á ésta invocaba siguiendo el consejo de otro S. Bernardo, y con esta diligencia se desvanecian los vientos de las tentaciones mas fuertes, y le salian bien todas sus empresas, porque hallaba prontamente su patrocinio.

Esta tan tierna devocion al Hijo y á la Madre nacia de aquel amor ardiente que volcanizaba su pecho. De éste nacia aquellos tiernos y fervientes soliloquios que tenia con el Señor, de aquí aquellas afectuosas lágrimas que derramaba en la oracion, de aquí la frecuente asistencia á la iglesia para adorar el santísimo Sacramento, y aquellos vivos deseos de recibirle todos los dias, de aquí aquel anhelo por derramar su sangre por la fe católica, y por Jesucristo. Sí, á todo esto daba pábulo su ardiente amor, el cual como nó podia estar represado en la cavidad del pecho,